



## El semanario *España* y la neutralidad estadounidense en la I Guerra Mundial<sup>1</sup>

José Antonio Montero Jiménez<sup>2</sup>

Resumen. A comienzos del siglo XX se intensificaron en distintos círculos intelectuales europeos los debates en torno a la americanización. Éstos llegaron a España gracias, por una parte, al incremento de noticias venidas directamente desde Estados Unidos y por otra, al surgimiento de nuevas generaciones de intelectuales familiarizados con el mundo anglosajón.

Tras el estallido de la I Guerra Mundial, la revista *España* se convirtió en uno de los medios intelectuales aliadófilos más importantes. Sus colaboradores recogieron las impresiones sobre Estados Unidos, difundidas en los años anteriores, para presentar la neutralidad de ese país como el modelo que debería seguir el gobierno español.

**Palabras clave:** España; Estados Unidos; I Guerra Mundial; intelectuales; neutralidad.

### [en] The Weekly *España* and Spanish Neutrality in World War I

**Abstract.** At the beginning of the 20th century, the debates on Americanization intensified among European intellectual circles. These discussions were known in Spain thanks, on one side, to the increasing number of news coming directly from the United States, and on the other, to the appearance of new generations of Spanish intellectuals acquainted with the English-speaking world.

After the outbreak of World War I, the weekly *España* became one of the most important pro-allied organs. Its editors and collaborators continuously referred to the impressions and images of the United States spread in previous years, to present American neutrality as a model for the Spanish government.

**Key words:** Spain; United States; World War I; Intellectuals; Neutrality.

**Sumario:** Introducción. 1. La I Guerra Mundial, la revista *España* y los Estados Unidos. 2. Conclusión.

**Cómo citar:** Montero Jiménez, J.A. (2016): El semanario *España* y la neutralidad estadounidense en la I Guerra Mundial. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 38, Núm. Esp. 197-207.

<sup>1</sup> El presente trabajo se ha realizado gracias al apoyo del proyecto I+D+I, HAR2013-46538-P, del Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>2</sup> Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid (España)  
josemont@ucom.es

## Introducción

A comienzos del siglo XX se intensificaron en diversos círculos intelectuales europeos los debates en torno al futuro de los Estados Unidos y su influencia en el resto del mundo. La viabilidad del modelo político norteamericano y su posible traslación a Europa, que había suscitado a mediados del XIX los dos volúmenes de *La Democracia en América*, volvió a ser objeto en 1888 de un trabajo tan ampliamente difundido como el de Tocqueville: *The American Commonwealth*, del británico James Bryce. Sin embargo, para Lord Bryce Estados Unidos no se postulaba como un modelo exclusivamente político, sino civilizatorio. Con un vasto territorio, una población numerosa y variada, y un espíritu emprendedor, el país había experimentado desde finales de la década de 1860 un crecimiento económico espectacular, basado en la innovación tecnológica, las grandes empresas y los productos de consumo. Norteamérica parecía preparada además para reclamar en el cambio de siglo un puesto entre las grandes potencias, y así lo pondría de manifiesto en 1898. Sin embargo, este desarrollo no estaba carente de costes. Desde Europa, muchos veían a los Estados Unidos como una nación sin tradición de alta cultura, y que ahora parecía renunciar definitivamente a ella. Su economía podía prometer mayor riqueza para más cantidad de gente, pero a costa de una estandarización que quizás impidiera las manifestaciones originales del genio humano. Reflexiones como éstas comenzaron a ser especialmente comunes entre los hombres de letras británicos, como Rudyard Kipling o H. G. Wells. Este último jugó en 1906 con la idea de una América presagio del futuro que esperaba a Europa; en su *The Future in America. A Search After Realities*, afirmó que “uno no puede mirar a Inglaterra a diez años vista, sin poner la mirada al otro lado del Atlántico”. Y fue también un periodista británico, William T. Stead, quien en un libro publicado en 1902 popularizó el vocablo *Americanización*, para referirse a “la dinámica del siglo XX”<sup>3</sup>.

Por primera vez, España no quedó al margen de estas reflexiones en torno a la americanización. Durante el siglo XIX, los Estados Unidos sólo habían sido tenidos como referente por un grupo muy reducido de republicanos federales, entre los que destacó la figura de Emilio Castelar. Dado su desconocimiento del inglés, la mayoría de las noticias que recibían de Norteamérica procedían de autores y publicaciones francesas, y lo que publicaban sobre Estados Unidos tenía más que ver con una visión idealizada en torno a figuras con una aureola mítica –como Washington, Franklin o Lincoln–, que con la realidad política americana del momento<sup>4</sup>. Esta visión romántica de los republicanos españoles alcanzaría su momento cumbre en

<sup>3</sup> WELLS, Herbert George: *The Future in America. A Search after Realities*, New York, Harper & Brothers, 1906, p. 16. STEAD, William T.: *The Americanisation of the World or the Trend of the Twentieth Century*, London, The Review of Reviews Office, 1902. Sobre la visión de los Estados Unidos en Europa, cfr. ELLWOOD, David: *The Shock of America. Europe and the Challenge of the Century*, New York Oxford University Press, 2012, pp 22-71. El caso francés en PORTES, Jacques: *Fascination and Misgivings. The United States in French Opinion, 1870-1914*, New York, Cambridge University Press, 2000. Y el inglés en FRANKEL, Robert: *Observing America: The Commentary of British Visitors to the United States, 1890-1950*, Madison, University of Wisconsin Press, 2006.

<sup>4</sup> SÁNCHEZ PADILLA, Andrés: “The Friends of the United States: The Roots of Modern U.S.-Spanish Cultural Links (c. 1870-1900)”, comunicación presentada al *First International Conference on the Historical Links Between USA and Spain: Past, Present and Future*, Alcalá de Henares, 2015. Una visión muy general en FERNÁNDEZ DE MIGUEL, Daniel: *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, Zaragoza, Genuève, 2012, pp. 27-70.

1898, cuando *El nuevo régimen* de Francisco Pi i Margall continuó defendiendo la posición estadounidense hasta el mismo estallido del conflicto<sup>5</sup>. Sin embargo, para entonces el panorama estaba comenzando a cambiar, gracias a las actividades de algunos institucionistas, como Gumersindo de Azcárate o Rafael María de Labra. Su interés por los Estados Unidos se vio favorecido, ahora sí, por el conocimiento de inglés y el acceso directo a las publicaciones norteamericanas; y reforzado, en el caso de Azcárate, por estrechos vínculos personales –su mujer tenía origen británico, y entre sus amistades más cercanas se encontraban los Gulick, un matrimonio estadounidense de misioneros protestantes que llegó a España en 1871 y acabó fundando un internado para mujeres jóvenes, primero en Santander y luego en Madrid. En el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* comenzaron a aparecer artículos sobre la política y otros aspectos de la realidad norteamericana que resultaban llamativos para los institucionistas –como los avances tecnológicos<sup>6</sup>. Esta perspectiva coincidía con la aportada por Bryce, cuya obra fue introducida en España por el propio Azcárate<sup>7</sup>.

Esta admiración por la política, la educación, la ciencia o la técnica estadounidenses sobrevivió a la guerra de 1898. Un año después, el institucionista y diputado liberal Eduardo Vincenti instaba en el Congreso a “inspirarnos en el ejemplo que nos han dado los Estados Unidos. Este pueblo nos ha vencido no sólo por ser el más fuerte, sino también por ser el más instruido, más educado”<sup>8</sup>. Por otra parte, la experiencia de Azcárate, que aunaba la familiaridad con las discusiones intelectuales propias del mundo anglosajón con los vínculos personales, se repitió en distintos miembros de las generaciones de 1898 y, sobre todo, de 1914: Ramiro de Maeztu, Ramón Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga, Luis Araquistáin, etc<sup>9</sup>. Asimismo, desde los primeros años del siglo XX los españoles cultos tuvieron acceso directo a una mayor cantidad y variedad de noticias provenientes directamente del otro lado del Atlántico, algo que fue posible gracias a nuevos sistemas de intercambio de información, como el modelo de *Revista de Revistas*, creado por el citado W. T. Stead y replicado por publicaciones de nuestro país, como *La España Moderna*, *Nuestro Tiempo* o *Revista Contemporánea*<sup>10</sup>. Estas revistas siguieron con especial interés las acciones de Estados Unidos respecto de sus vecinos del sur, traducidas tanto en intervenciones directas como en influencia económica y cultural. La pujanza del Panamericanismo se interpretaba en España en términos civilizatorios, como un síntoma de la decadencia de las razas latinas y el auge del mundo anglosajón. Dentro de una visión teleológica

<sup>5</sup> HILTON, Sylvia L.: “República e Imperio: Los federalistas españoles y el mito americano, 1895-1898”, *Ibero-Americana Pragensia*, 34 (1998), pp. 11-29.

<sup>6</sup> SÁNCHEZ PADILLA, Andrés: “Las relaciones entre España y Estados Unidos (1865-1898): Problemas coloniales, diplomacia económica y cooperación cultural”, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2014, pp. 38-41.

<sup>7</sup> AZCÁRATE, Gumersindo de: *La república norte-americana según el Profesor Brice*, Madrid, Imp. de José Rodríguez, 1891; *Los Estados Unidos. Conferencia de D. Gumersindo de Azcárate, pronunciada el 15 de febrero de 1892*, Madrid, Establecimiento tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 1892.

<sup>8</sup> SÁNCHEZ RON, José Manuel: “La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después”, en José Manuel Sánchez Ron (ed.): *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, p. 3.

<sup>9</sup> GARCÍA MUÑOZ, César: *Historia de un estereotipo. Intelectuales españoles en Estados Unidos (1885-1936)*, Madrid, Langre, 2008.

<sup>10</sup> El análisis de estas revistas y de los temas tratados en ellas ha sido llevado a cabo por CORRALES MORALES, David: “Retratos de papel: imágenes y percepciones españolas sobre los Estados Unidos (1898-1914)”, Tesis de Fin de Máster, Universidad Complutense de Madrid, 2014.

de la Historia, entendida como una sucesión de modelos civilizatorios, la primacía parecía corresponder, antes que a nadie a los norteamericanos, imbuidos del pragmatismo propio de los tiempos. Así lo afirmó el propio Pérez de Ayala, autor de una de las series más relevantes de artículos sobre los Estados Unidos publicadas por un español en los años anteriores a la primera guerra mundial. Para él, “la fórmula más concisa y comprensiva de la historia se ha acuñado en los Estados Unidos: *the strenuous life*”. Ésta

...no quiere decir vida intensa contemplativa, sino vida intensa, activa. He aquí por qué considero a los Estados Unidos como el pueblo que encierra en sí más capacidad de futuro, o lo que es lo mismo, que mejor representa el sentido de la civilización. Si uno de los segmentos más importantes de la historia es, como quiere Carlyle, un acopio de invenciones útiles, de las cuales a diario nos aprovechamos, la historia de los Estados Unidos es para un hombre moderno una de las más interesantes<sup>11</sup>.

Ese atractivo por el espíritu utilitario de los norteamericanos se dejó ver en la admiración suscitada por los avances médicos, científicos y técnicos producidos en aquel país, que contrastaban con la situación en España. Adelantos que eran consecuencia de las “escuelas en los Estados Unidos”, que “por su carácter y método”, se convertían en “viveros de pequeños inventores”<sup>12</sup>. Tampoco quedaban a la zaga las realizaciones en el terreno político, donde el fenómeno del progresismo, protagonizado entre otros por uno de los adalides de la guerra de 1898, llamaba singularmente la atención de los reformistas españoles. La lucha contra los grandes intereses empresariales hizo del presidente Theodore Roosevelt un símbolo del vigor, en sentido positivo, de los estadounidenses. Para Pérez de Ayala “Roosevelt, como todos los grandes hombres de acción, no conoce esa flaqueza de ánimo o lisonjera transacción con los débiles que consiste en deprimir y encoger el concepto que de sí propio se tiene”. Y quienes le hacían responsable de los sucesos de Cuba no debían olvidar “que de aquellas heridas nosotros fuimos los culpables más que la mano que nos las hubo de inferir, porque nosotros mismos nos arrojamos sobre las armas”<sup>13</sup>. Tampoco faltaron las referencias al otro gran adalid del movimiento progresista, Woodrow Wilson, cuya tesis doctoral sobre el congreso estadounidense, escrita en 1885, fue traducida y publicada en 1901<sup>14</sup>.

## 1. La I Guerra Mundial, la revista *España* y los Estados Unidos

A mediados de la segunda década del siglo, la opinión informada española se encontraba así familiarizada con los debates europeos en torno a la americanización. Para los reformistas de la generación de Ortega, las principales referencias se encontraban, desde luego, en el entorno geográfico más inmediato –Francia, Reino Unido,

<sup>11</sup> PÉREZ DE AYALA, Ramón: “Historia de las cosas pequeñas I”, *El Imparcial*, 24-1-1914.

<sup>12</sup> PÉREZ DE AYALA, Ramón: “Historia de las cosas pequeñas II”, *El Imparcial*, 26-1-1914.

<sup>13</sup> PÉREZ DE AYALA, Ramón: “Roosevelt y nuestra guerra”, *El Imparcial*, 25-4-1914.

<sup>14</sup> WILSON, Woodrow: *El gobierno congresional, régimen político de los Estados Unidos*, Madrid, La España Moderna, 1901.

Alemania- pero en ningún momento ignoraron del todo la perspectiva estadounidense. Desde el mismo mes de agosto de 1914, muchos de ellos comenzaron a interpretar la contienda en clave interna, utilizando a los países aliados como contramodelo del gobierno español. En términos orteguianos, los germanófilos representaban el inmovilismo de la vieja política, mientras que los aliadófilos se caracterizaban por una esperanzas de cambio cuyos referentes eran Francia e Inglaterra. Sin embargo, ninguna de estas dos naciones servía totalmente como espejo de acción para una España que se sentía incapaz de abandonar la neutralidad oficial. En este punto las miradas confluyeron en los Estados Unidos, cuya neutralidad no era incompatible con la defensa de una serie de principios enraizados en su espíritu democrático. En cierta medida, Norteamérica podía ser presentado como un referente moral para los neutrales.

La I Guerra Mundial proporcionó también a los intelectuales españoles una oportunidad excepcional de hacerse oír. Según se prolongó la contienda, los dos bandos fueron cada vez más proclives a financiar a aquellos escritores y publicaciones identificados con su causa. Y éstos, a su vez, aprovecharon la oportunidad para, bajo la cobertura de un supuesto apoyo a alguno de los beligerantes, exponer sus propio programas. Se desató así una verdadera “guerra civil de palabras” –en palabras de Gerald Meaker- donde el medio de expresión clave de los intelectuales del 14 fue la revista *España*, surgida en enero de 1915 bajo la inspiración del filósofo José Ortega y Gasset. Esta empresa editorial, financiada originalmente con dinero privado y dotada de un carácter –dentro de su aliadofilia- bastante abierto, acabó dependiendo desde 1916, coincidiendo con la sustitución de Ortega por Luis Araquistáin en la dirección, de la financiación de los servicios de propaganda de Reino Unido y Francia. Adoptó un tono cada vez más radicalmente favorable al bando de la Entente, sin por ello perder de vista la motivación principal de muchos de los intelectuales que allí publicaban: el deseo de utilizarla como un vehículo para la modernización de la vida política española<sup>15</sup>.

Las primeras referencias continuadas que se hicieron a los Estados Unidos en *España* tenían que ver con Latinoamérica. No faltaban artículos lamentando el auge del Panamericanismo, tanto en las repúblicas del Hemisferio Occidental, como en las posesiones perdidas en 1898. De alguna manera, se incorporaba el espíritu del *Ariel* de José Enrique Rodó, calificado de “especie de sermón laico a la juventud hispano-americana”, a la que se llamaba a entablar una especie de cruzada cultural

<sup>15</sup> La división de la sociedad española entre aliadófilos y germanófilos durante la I Guerra Mundial es un tema clásico en la literatura historiográfica, afianzado con la publicación de DÍAZ-PLAJA, Fernando: *Francófilos y Germanófilos. Los Españoles en la Guerra Europea*, Barcelona, Dopesa, 1973. Gerald Meaker fue uno de los primeros en establecer la conexión entre los debates en torno a la Guerra Europea y la situación política interna: MEAKER, Gerald: “A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War in Spain, 1914-18” en Hans A. Schmitt (ed.): *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-23*, Charlottesville: The University Press of Virginia, 1988, pp. . Santos Juliá ha analizado en distintos lugares el papel de la revista *España* en el mundo intelectual español, JULIÁ, Santos: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2006; “La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos”, *Ayer* 91 (2013). El primer centenario de la guerra ha propiciado la aparición de análisis mucho más ricos, como los de FUENTES CODERA, Maximiliano: “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, *Ayer*, 91 (2013); *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014. También NAVARRA ORDOÑO, Andreu: *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014. La relación de España con la propaganda aliada en MONTERO, Enrique: “Luis Araquistáin y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial”, *Estudios de Historia Social*, 24-25 (1983).

frente a las influencias provenientes de la América del Norte<sup>16</sup>. La situación revestía tintes de mayor gravedad en el ámbito de la educación, y sobre todo de la educación superior, donde según Araquistáin “la definitiva derivación de las Repúblicas latinoamericanas hacia la Gran República anglosajona” puede ser “un hecho irremediable (...). En estos momentos está en peligro el mismo dominio de la lengua española en América latina. Ya son muchos los sudamericanos cultos que hablan el inglés mejor que el español”<sup>17</sup>. Esta trasposición cultural iba más allá de un mero cambio idiomático o de costumbres; representaba una traición a las entrañas espirituales de toda una raza. Hablando de la situación en Puerto Rico, Juan Guixé sentía que “en la imposición autoritaria del idioma [inglés] nace un escrúpulo profundo, un divorcio del alma enconado, que subvierte el patriotismo de los oprimidos. No defiende el periodista el idioma por sí mismo, naturalmente, sino el espíritu de su pueblo, su entraña moral”<sup>18</sup>. La respuesta pasaba por utilizar las mismas armas que el enemigo, mediante la promoción activa de la cultura española, aprovechando para ello el lustre de figuras señeras, tanto históricas como coetáneas. En la estela de Rodó, Luis Araquistáin propuso utilizar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, convirtiéndolo en una especie de Shakespeare latino que actuase de aglutinante del mundo hispánico: “Cervantes está por descubrir como instrumento de política internacional (...) es el mejor diplomático entre los pueblos que hablan su lengua, como lo es Shakespeare para los países de habla inglesa”<sup>19</sup>. *España* no dejó tampoco de felicitar por acontecimientos como el estreno en Nueva York de la ópera *Goyescas*, de Enrique Granados, el mes de febrero de 1916. La ciudad de la gran manzana abría así sus puertas “a nuestra música nacional, conocida solamente en los Estados Unidos por alguna popular zarzuela”<sup>20</sup>. Esta circunstancia había sido posible gracias al peculiar escenario cultural propiciado por la guerra, que también podía ser aprovechado de otra forma: promocionando programas que atrajeran a las universidades españolas a estudiantes hispanoamericanos que no podían ir a las universidades europeas más tradicionales. Nuevamente en palabras de Araquistáin:

“España se halla en una posición sumamente ventajosa para atraerse a la América Latina (...). Pero si deja huir esta oportunidad de oro, la definitiva derivación de las Repúblicas latino-americanas hacia la Gran República anglosajona será un hecho irremediable”<sup>21</sup>.

Los colaboradores de *España* no eran optimistas a este respecto, precisamente porque se enfrentaban a un país en plena vitalidad, opuesto en muchos aspectos a la esclerotización que, según ellos, se había apoderado de la vida pública española. Roberto Blanco, un inmigrante español residente en Cuba, resaltaba en mayo de 1916 cómo es “ley de vida que lo nuevo se imponga a lo viejo, lo caduco, que hoy día sigue imperando y dirigiendo. Lo viejo y lo caduco son en España el vivero de la

<sup>16</sup> “José Enrique Rodó. Figuras contemporáneas”, *España*, 7-10-1915, p. 9.

<sup>17</sup> ARAQUISTÁIN, Luis: “Sobre una universidad hispanoamericana. Llamadas a la acción”, *España*, 9-7-1915, p. 2.

<sup>18</sup> GUIXÉ, Juan: “El castellano en peligro. La vida de España en América”, *España*, 19-3-1915, p. 6.

<sup>19</sup> ARAQUISTÁIN, Luis: “Cervantes, emperador. La lucha por el idioma”, *España*, 17-8-1916, p. 8. Este artículo había aparecido previamente en *Puerto Rico Ilustrado*. Véase también RODÓ, José Enrique: “El centenario de Cervantes desde América. Letras americanas”, *España*, 7-10-1915, pp. 9-10.

<sup>20</sup> “Ópera española en Nueva York. ‘Goyescas’, de Enrique Granados”, *España*, 24-2-1916, p. 13.

<sup>21</sup> ARAQUISTÁIN, L.: “Sobre una universidad...”, op. cit.

insinceridad y el lugar común”<sup>22</sup>. Las diatribas contra el sistema político de la Restauración llegaron al extremo de justificar las acciones estadounidenses en México o las Filipinas. Reflexionando sobre las secuelas de la intervención norteamericana en Veracruz, *España* se preguntaba si ante el fraccionamiento causado en las filas revolucionarias mexicanas, “¿no será preferible la intervención yanqui que imponga el orden, aunque sea a cambio de algunas ventajas económicas para Norteamérica?”. Estados Unidos no hacía sino cumplir el papel que debía haber ejercido España: “Triste es que los mejicanos hayan de apelar al extranjero para evitar la ruina de su país; triste es, también, el que España tenga que ceder el puesto en una misión que parecía reservada a ella por la raza y la Historia”<sup>23</sup>. Meses después, el propio Madariaga lamentaba los ataques injustificados contra la administración estadounidense en el archipiélago filipino:

La actitud de Wilson (...) habrá sorprendido a muchos españoles. Como hemos quedado en que todos los yanquis son unos ‘tocineros’, que sólo persiguen sus intereses materiales, ¿quién se va a explicar que Wilson (...) haya protestado con actos en nombre de un principio? (...) Los españoles siguen tan ignorantes de las cosas americanas como nuestro buen rey Carlos IV, que en 1802 no se había enterado todavía de la independencia de los Estados Unidos (...). Así, cuando en su discurso ante en Senado (...) Wilson expresó su fe en el principio de las nacionalidades, no faltó en España quien le mentase las Filipinas, al son de la putrefacta Marcha de Cádiz (...) hablemos de los Estados Unidos con más respeto y con más conocimiento”<sup>24</sup>.

Las palabras de Madariaga traslucían una nueva oleada de admiración suscitada por la firmeza de la posición estadounidense frente a los ataques de los submarinos alemanes contra barcos de pasajeros, y contra mercantes de bandera neutral. La crisis germano-norteamericana generada por el hundimiento del *Lusitania* (7 de mayo de 1915), agravada por los ataques contra el *Arabic* (30 de agosto) y el *Sussex* (24 de marzo de 1916), acabó con la renuncia de Alemania a utilizar sus submarinos para echar a pique, sin previo aviso, embarcaciones de línea y de carga. La firmeza del gabinete de Wilson contrastaba significativamente con la timidez del Conde de Romanones, enfrentado al mismo dilema; sobre todo cuando quedó claro que las promesas alemanas sólo eran extensibles a naves en que pudieran verse afectados los intereses de Washington. *España* no perdió la ocasión de subrayar las diferencias, incluso de forma gráfica. En una conocida portada aparecida el 17 de febrero de 1916, podía verse un naufrago vestido de saco, en actitud orante, frente a un gran pez de metal que exhibía una fauces llenas de dientes afilados. Suplicando clemencia, el hombre hacía valer su condición de neutral —“Por Dios, no me comas, que soy neutral”; mientras el pez, trasunto de un submarino, replicaba incólume: “Sí, pero no eres norteamericano”. En la misma línea, en mayo de ese año se recordaba que sólo los Estados Unidos habían sido capaces, con “una breve contundente réplica” de parar a Alemania. Pero la acción resultaba inútil para los españoles, como se vio tras el hundimiento del *Aurrerá* el 24 de mayo de 1916: “Para España no cuenta, por lo visto,

<sup>22</sup> BLANCO TORRES, Roberto: “Notas de un español en América”, *España*, 18-5-1916, p. 11.

<sup>23</sup> “La espada yanqui. Méjico”, *España*, 26-3-1915, p. 5.

<sup>24</sup> MADARIAGA, Salvador de: “Wilson y las Filipinas. Cartas extranjeras”, *España*, 15-2-1917, p. 6.

la última nota de Alemania a los Estados Unidos, prometiendo modificar la guerra submarina”<sup>25</sup>. Un editorial del mes de septiembre insistía aún más en los contrastes:

Otros tres barcos españoles hundidos por submarinos alemanes: el *Mayo*, el *Olazarri* y el *Luis Vives*. ¿Qué de nuevo puede decirse que no se haya repetido ya docenas de veces contra tales atropellos? Si el Gobierno español hubiera tomado la enérgica actitud del de los Estados Unidos, la bandera española merecería hoy más respeto de los piratas teutónicos.<sup>26</sup>

Araquistáin llegó a llamar a las autoridades españolas “discípulo del avestruz”, afirmando su incapacidad no sólo para resistir los embates del enemigo, sino para desarrollar la política de prestigio y mediación entre los dos bandos que España deseaba liderar:

Hubiera tenido España un embajador de la recia envergadura de Mr. Gerard, el representante de los Estados Unidos en Berlín, y es, más que posible, probable, que Alemania hubiera desistido de imponer trabajos forzados a las poblaciones francesas, primero, y de deportarlas, después<sup>27</sup>.

De manera natural, quienes escribían en *España* comenzaron pronto a preguntarse sobre las causas de la firmeza estadounidense. Al tratar de responder, acudieron a imágenes ya conocidas, como la de Theodore Roosevelt, que en el número del 2 de septiembre de 1915 fue objeto de una semblanza, dentro de la misma sección –Figuras Contemporáneas– donde se haría más tarde hueco a Rodó. El *rough rider* era presentado como el “arquetipo del pueblo americano”: un “idealista práctico”. El Roosevelt que aquí aparecía no era el de la guerra de 1898, ni el que había logrado mediante maniobras subrepticias la concesión del Canal de Panamá, sino el líder progresista, honrado, amante de la libertad y pleno de la vitalidad característica de su pueblo: “La pujanza, la fuerza de un pueblo joven y robusto que siente intensamente su sangre y sus músculos, como los Estados Unidos, está en la voluntad política de Roosevelt”. Guiado por el lema “*Honesty best policy*”, cuando fue Presidente se dedicó con igual fervor a combatir la plutocracia de los trusts, como a lucha contra los linchamientos. Y después de abandonar la Casa Blanca siguió incansable en la defensa de sus ideas:

Cuando los ocios del Poder dejan sin empleo sus energías, Roosevelt, el detractor de los *lynchs*, viaja, más que incansable, encarnizadamente, como si tuviera un duelo entablado con el reposo en condiciones graves, y así recorre los Estados de la Unión, viene a Europa y la atraviesa de punta a cabo, o va a la América latina y salta por encima de los Andes, o se interna en África, y en sus trágicas selvas persigue y caza leones. Su fuerte posición nacionalista es más bien celo de la propia libertad. Falso es pretender extenderla, por unas millas de proximidad más, a toda América. Este es el monroísmo, siempre expuesto a ser mal interpretado por los pueblos celosos de su independencia y para los que esa palabra puede tener sonos de amenaza<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> F.D.: “¡Adelante! Puntos de vista”, *España*, 1-6-1916, p. 2.

<sup>26</sup> “Nuevas piraterías. Puntos de vista”, *España*, 21-9-1916, p. 3. Véase también “De la guerra submarina”, *España*, 18-5-1916, p. 7.

<sup>27</sup> ARAQUISTÁIN, Luis: “Francia y España. En torno a una nota diplomática”, *España*, 31-8-1916, p. 3.

<sup>28</sup> “Teodoro Roosevelt. Figuras contemporáneas”, *España*, 2-9-1915, p. 4.



Desde esta óptica, la actuación de los estadounidenses en la guerra se cimentaba en un conjunto de principios ideológicos emanados de su talante democrático. Constantemente se repetía que las ideas eran el motor de la historia, y que la propia experiencia norteamericana así lo demostraba. Al repasar los dos años de Guerra Mundial, el cronista Fabián Vidal –seudónimo de Enrique Fajardo- hizo alarde de una curiosa capacidad de reinterpretación de los hechos históricos, al presentar el resultado de la Guerra de Secesión americana como una lección a aprender para los beligerantes europeos. En aquella ocasión, la victoria del norte no se debió a su superioridad numérica, militar o técnica, sino a una inusitada capacidad de resistencia, emanada de la fuerza de sus convicciones: “La ciencia militar de Lee nada pudo ante la presión sostenida de las masas formidables de Ulises Grant”<sup>29</sup>. Esas convicciones convertían a los Estados Unidos en una especie de referente moral para los redactores de *España*. Su neutralidad derivaba directamente del pacifismo y el antimilitarismo propios de una democracia; sentimientos que sin embargo no impedían al gobierno ejercer frente a Alemania una firme defensa de sus propios derechos. La política exterior estadounidense estaba así determinada por una difícil mezcla de idealismo y severidad que se identificó cada vez más con la figura del Presidente Woodrow Wilson, conocido previamente en su faceta de académico, y calificado como un político de “talante verdaderamente filosófico”:

Pero esta es su tragedia: a él, hombre de paz, que acaso quisiera ver a toda América unida espontáneamente en una libre federación, le arrojó el destino la pesada carga de tener que intervenir temporalmente en Méjico, y quizá le reserve la necesidad de una nueva y enérgica intervención. A él, fomentador del arbitraje con los viejos pueblos europeos, le ha arrojado la fatalidad histórica al borde de una fuera con uno de ellos<sup>30</sup>.

Antes de abril de 1917, y aparte la cuestión hispanoamericana, las críticas a los Estados Unidos o a su Presidente, bien fueron puramente simbólicas, o bien se circunscribieron a aquellas ocasiones en que Washington parecía ir en contra de los intereses aliados. Un ejemplo de lo primero es la portada del 2 de julio de 1915, en que se veía a Wilson ataviado como el “Tío Sam”, y coronado al modo indio con una ristra de plumas, lanzando notas diplomáticas sobre un mar cuajado de barcos hundidos. Tras el Presidente, y con un altura claramente inferior, se encontraba una mujer ataviada de sevillana que le imprecaba: “¡Eh, tú, acuérdate del Maine!”. Más duras fueron las invectivas en diciembre de 1916, cuando Wilson lanzó una propuesta de mediación, pocos días después de que el gobierno alemán, en una maniobra puramente propagandística, se mostrase dispuesto a un intercambio de puntos de vista entre los beligerantes. Las cancillerías del Reino Unido y Francia se resintieron de la maniobra del Presidente, y en *España* se le calificó en varias ocasiones de ingenuo. Ya anteriormente, algún colaborador había aludido a sus “indecisiones y contradicciones (...) resultado del conflicto entre sus motivos morales y la repugnancia ingénita a hacerlos valer por la

<sup>29</sup> VIDAL, Fabián: “Dos años de guerra”, *España*, 3-8-1916, p. 8. También VIDAL, Fabián: “Comentario a la guerra”, *España*, 28-9-1916, pp. 4-5.

<sup>30</sup> “Woodrow Wilson. Figuras contemporáneas”, *España*, 2-9-1915, p. 7.

fuerza”<sup>31</sup>. Todo lo cual le imbuía de una ingenuidad que le había hecho caer en el juego de Alemania:

A un hombre de la mentalidad del presidente norteamericano no sería sorprendente que le hubiera fascinado la idea de pasar a la historia con el pomposo título de Woodrow Wilson el Pacificador, sin detenerse a pensar si la idea es en sí quimérica o si con ella hace el juego a uno de los dos bandos<sup>32</sup>.

La crítica más ácida apareció nuevamente en la portada del 28 de diciembre de 1916, donde se veía a Wilson con un cuerpo de ave rapaz, encaramado sobre una piedra en la que se encontraba grabada la cifra “1.000.000.000.000”, aludiendo a los beneficios acumulados por Estados Unidos durante la contienda. Bajo el dibujo podía leerse “El demonio harto de carne... de cañones, se mete a fraile... pacifista”.

Sin embargo, los rencores se disiparon pronto, y la tendencia fue a mitigar las críticas e incluso a elogiar distintos aspectos del modelo americano. En un curioso análisis de la evolución del mundo de la prensa publicado en febrero de 1916, Araquistáin hablaba de la tendencia monopolística que estaba afectando a los medios, especialmente en los Estados Unidos. Sin embargo, esos monopolios “resultado natural, libre e indomable de un intenso desenvolvimiento económico”, no dañaban el carácter de las gentes: Un trust podría “llegar a ejercer poderosa influencia sobre la política, pero es raro que pretenda invadir zonas más íntimas y recónditas del espíritu humano”<sup>33</sup>. Y por la mismas fechas, Álvaro de Albornoz utilizaba el ejemplo de Estados Unidos para rebatir a quienes combatían “la democracia por estéril, por ineficaz y por perturbadora”<sup>34</sup>. De aquí se pasó pronto a pensar en Norteamérica como el adalid moral del nuevo mundo que había de surgir en la posguerra. R. Sánchez Díaz aseguró en octubre de 1916 que la guerra no debía acabar “hasta que haya seguridad completa de que este horror y esta espantosísima injusticia, por delirio de grandezas, no podrá repetirse ya nunca más”<sup>35</sup>. El autor pensaba en los Estados Unidos para liderar ese nuevo proyecto de orden internacional, aunque no era muy optimista al respecto. Todo lo contrario que Salvador de Madariaga, para quien la guerra había visto “progresar rápidamente la idea de la solidaridad moral”. Se trataba de una contienda no de ejércitos, sino de pueblos, y éstos, al experimentar cómo la diplomacia tradicional los había llevado por la senda del desastre, demandaban tomar parte en las decisiones de política exterior. Había nacido una nueva “conciencia internacional” que debía constituir la base de un nuevo tipo de diplomacia que Estados Unidos ya había experimentado previamente gracias a su campaña de tratados de arbitraje –“un islote de paz que con el tiempo puede irse extendiendo hasta cubrir todo el globo”<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> ANTROPOS: “Alemania y los Estados Unidos. Comentario a la guerra. Aspecto político”, *España*, 17-2-1916, p. 7.

<sup>32</sup> “La ofensiva de la paz. Manejos de la diplomacia alemana”, *España*, 28-12-1916, p. 4.

<sup>33</sup> ARAQUISTÁIN, Luis: “El periódico industrial”, *España*, 24-2-1916, p. 5.

<sup>34</sup> ALBORNOZ, Álvaro de: “Democracia y eficacia. La crisis de la idea de Estado”, *España*, 23-3-1916, p. 5.

<sup>35</sup> SÁNCHEZ DÍAZ, R.: “Trabajar por un alto pensamiento”, *España*, 26-10-1916, p. 5.

<sup>36</sup> MADARIAGA, Salvador de: “El porvenir del pacifismo. Cartas extranjeras”, *España*, 20-7-1916, p. 5.

## 2. Conclusión

Sin saberlo, Madariaga estaba describiendo el programa que pocos meses después, con Estados Unidos ya como beligerante, quedaría enmarcado bajo la etiqueta del wilsonismo. Se produciría entonces, en Europa y también en España, sobre todo en los sectores más aliadófilos, una especie de implosión del filoamericanismo, que llevaría a su punto culminante la idea de los Estados Unidos como modelo político. La propia revista *España*, y muchos de los intelectuales de la generación del 14, se adherirían a los proyectos de Wilson, creyendo que así mejoraban las posibilidades no sólo de reformar su país, sino de insertarlo en un marco europeo caracterizado por el reinado de las democracias. Esta esperanza, que en poco tiempo daría paso a la decepción profunda, no hubiera sido posible sin la experiencia anterior. Ya desde comienzos del siglo XX, Estados Unidos había sido visto por algunos de esos intelectuales, al igual que por sus homólogos europeos, como un posible referente. Y entre 1914 y 1917, mientras Washington permaneció neutral, no fueron pocos los que vieron en Norteamérica, personificada por su presidente, el reflejo del tipo de neutralidad que deseaban idílicamente para España. Un reflejo que además servía para afilar las críticas contra los gobiernos de Madrid.